# CONTRA LOS ÍDOLOS POSMODERNOS

**BIBLIOTECA HERDER**

**Dirigida por Francesc Torralba**

PIERANGELO SEQUERI

# CONTRA LOS ÍDOLOS POSMODERNOS

Traducción de
Maria Pons Irazazábal

Herder

*Título original:* Contro gli idoli postmoderni
*Traducción:* Maria Pons Irazazábal
*Diseño de portada:* Stefano Vuga

*© 2011, Lindau s.r.l., Turín*
*© 2014, Herder Editorial, S. L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-3370-2

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

*Imprenta:* Reinbook
*Depósito legal:* B - 13.780 - 2014
*Printed in Spain - Impreso en España*

**Herder**
www.herdereditorial.com

# ÍNDICE

Prólogo ..... 9

## Jóvenes

Puer æternus? ..... 17
Iniciación a término ..... 25

## Crecimiento

Eros de la acumulación ..... 33
El canon inverso de la polis ..... 43

## Comunicación

El medio como sujeto ..... 53
Serpientes y palomas ..... 61

## Secularización

Libertad e irreligión ..... 71
El humanismo del Nombre ..... 79

# PRÓLOGO

> Vi subir de la tierra otra bestia que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero que hablaba como dragón. Ejerce toda la autoridad de la primera bestia al servicio de esta; hace que la tierra y sus moradores adoren a la primera bestia, a aquella cuya herida mortal fue curada. Obra grandes prodigios, incluso hace bajar fuego del cielo a la tierra en presencia de los hombres. Seduce, con los prodigios que le permitieron hacer al servicio de la bestia, a los moradores de la tierra, diciéndoles que hagan una imagen en honor de la bestia que, a pesar de la herida de la espada, sobrevivió. Se le concedió infundir espíritu en la imagen de la bestia y que la imagen de la bestia pudiera hablar y pudiera condenar a muerte a cuantos no adoraran la imagen de la bestia. Ordena que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, el nombre de la bestia o la cifra de su nombre.[1]

Este texto, leído hoy, parece más un puro y simple análisis social que una visión profética. La irreligión violenta y persecutoria de la primera bestia (Ap 13,1-7) es metabolizada en el poder de ma-

1. Ap 13,11-17.

nipulación y de homologación de la segunda bestia. Reconocemos el poder tecnológico (la estatua-robot de la primera bestia aprende a hablar y es capaz de sancionar a quien no se doblega a su sistema de homologación), la eficacia propagandística (fuego aéreo y otros efectos especiales) y la eficiencia burocrática (*fidelity card* identificativa: el que no la posee no compra, no vende, no come, no es nadie). El igualitarismo burocráticamente asegurado y la libertad ilusoria de los accesos es la última obra maestra del dominio. En efecto, en ese punto el monstruo disimula completamente la violencia del sometimiento: tan solo un espíritu vigilante y agudo logra captar la abismal diferencia entre la libertad de mercado y la libertad de pensamiento.

La denuncia de la degradación antropológica inducida por los modelos culturales de la sociedad de consumo y del espectáculo es prácticamente unánime. Sin embargo, la inercia propositiva está igualmente generalizada. Por otra parte, el sistema dominante del conformismo crítico es vigilante y amenazador. ¡Ay del que es sorprendido en el flagrante delito de invocar fuerzas proporcionadas de *reacción* a los excesos y de desarrollar formas de negación *determinada* de sus presupuestos sistémicos!

La ciudad arde mientras nosotros pasamos la mayor parte del tiempo discutiendo. En cualquier caso, hace mucho que estamos en régimen de permanente diálogo, pero el empeño de las partes en la mera defensa del derecho a estar en el escenario se profundiza día a día. Devotos obsesivos y burlones desvergonzados obtienen energías improductivas de nuestra radiación melancólica de fondo, que ahora ya se difunde globalmente. Y las invierten en extremismos opuestos, en nombre de la fe o de la razón, confundiendo a muchos. En un mundo que pierde *lógos*, la reacción en cadena del *pólemos* (de la guerra, de la violencia, de la agresividad de todos contra todos) gana terreno y se torna incontrolable. En un mundo que ya no cuenta con el audaz y creativo testimonio del humanismo cristológico, el politeísmo de los dioses racistas y corporativos

ocupa la escena. El intento de aniquilar el cristianismo actúa sin duda a favor del nihilismo, dondequiera que se produzca. El vaciamiento de la encarnación de Dios hace retroceder la religión y la hominización: inseparablemente. Por esto, en primer lugar nos debemos purificar con el fuego, a fin de restituir al Evangelio su honor. No solo su verdad. Occidente, por otra parte, ha estado incubando durante mucho tiempo su huevo de la serpiente. Llega, puntual, su muerte de los primogénitos.[2]

Finalmente, queda por hacer un trabajo urgente: se refiere a los bienes de primera necesidad para la hominización, que el mercado ha dejado de utilizar. Quien tiene algo que dar y quiera trabajar por el rescate de la generación será bienvenido, cualquiera que sea el pueblo al que pertenezca. La recuperación de la iniciativa cultural del cristianismo exige, por su parte, desencanto del mundo, cultura impecable, pasión por la cosa. No estamos en el peor de los mundos posibles: es un mundo que hemos contribuido a construir.

En el desierto de su abandono, el pueblo se resigna a construirse becerros de oro. Existe ya una adicción. Pero el ídolo siempre es una cosa mental. El ídolo es un símbolo, un exorcismo: incluso una pasión verdadera que se convierte en obsesión de un dios falso. De estos ídolos «mentales» es de los que quiero hablar. Establezco una prioridad estratégica. Elijo cuatro figuras de la idolatría cultural posmoderna, cuya interdependencia actúa como multiplicador para un amplio conjunto de supersticiones: la fijación con la juventud, la obsesión del crecimiento, el totalitarismo de la comunicación y la irreligión de la secularización. Evidentemente, en estas figuras hay términos que evocan de inmediato objetos y hechos que nada tienen en sí de demoníaco o de idolátrico. En eso

2. Desde los dos puntos de vista, U. Galimberti, *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i giovani*, Milán, Feltrinelli, 2007; A. Matteo, *La prima generazione incredula. Il difficile rapporto tra i giovani e la fede*, Soverìa Mannelli (CZ), Rubbettino, 2010.

reside precisamente la gravedad de la insidia. La idolatría de mayor éxito se afianza precisamente en virtud de su aparente exaltación de lo que representa una promesa de buena ejecución del deseo colectivo. *Corruptio optimi pessima*. La excelencia que se entrega a la corrupción genera lo peor de lo peor. La voluntad de poder que presiona para destruir el nexo entre vínculo social y humanismo ético, bajo el signo del progreso de las técnicas y del aumento de los recursos, ha identificado estas figuras como símbolos útiles para su propia legitimación.

La cabeza del parásito, que ha inclinado irresistiblemente hacia la idolatría al moderno humanismo racionalista de la conciencia, tiene una identidad precisa. La llamo *principio de autorrealización*. En el paso a la autorrealización tecnológica del Yo pensante, que lo ha arrollado, se ha puesto en marcha la deriva del nihilismo específico de nuestra contemporaneidad: el autismo ético del Yo sentimental.

Herejía de la verdad cristiana de la persona, cuyo *lógos* abrió Occidente a su destino. Corrupción del humanismo moderno, que se ha apropiado del *páthos* del inmenso y feliz trabajo de la generación, desviándolo hacia las tristes pasiones de un *éthos* individualista y depredador, que se convierte en *nómos* de la masa. Las figuras éticas de la autodeterminación (libertad de conciencia, poder de la voluntad) han sido corrompidas y tergiversadas: sustraídas a la espléndida justicia del amar; e inducidas a trabajar, para su propia emancipación, *contra* lo humano que es común. La afectación posmoderna del intelectual, que legitima el individualismo ético y justifica críticamente la amenaza de todo humanismo discordante —sobre todo el cristiano—, actúa como segunda Bestia. Entretanto, en el delirio de omnipotencia que se ha iniciado sobre la falsa creencia de la autofundación, el sujeto humano se encuentra más solo, es más vulnerable y se halla más expuesto a la voluntad de poder: pierde el mundo y se vacía a sí mismo.[3]

3. De mi tesoro personal de lecturas que suscribo palabra por palabra

Las víctimas designadas para la ofrenda al dragón, como todos saben, son chicos y chicas. Nunca habíamos entregado tantas.

Nosotros, pueblos cristianos de Occidente, hemos merecido las consecuencias de esta recaída en el paganismo. Pero se nos ha permitido un ramalazo de orgullo: podemos desenmascarar la estupidez de la cultura que pretende representarnos, y abrir mil lugares de liberación de la dependencia de los señores de las tarjetas que de ella se benefician. El ídolo de lo posmoderno no nos representa. Quedan bastante más de diez justos para convencer a Dios, en pro de las generaciones venideras, de que no somos tan indignos de los dones recibidos.

Pierangelo Sequeri

---

(sé que corro cierto riesgo, pero ya tengo edad para hacerlo), extrapolo dos textos que aparecieron coincidiendo prácticamente con el inicio y el fin de mis primeros cincuenta años de estudioso: M. Peckham, *Beyond the tragic vision: the quest for identity in the nineteenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 (1.ª ed. 1961); J. Carroll, *The wreck of Western culture: Humanism revisited*, Melbourne, Scribe, 2004. Aprovecho para señalar que las referencias bibliográficas que utilizo como contrapunto en este «manifiesto» no son para los especialistas, sino que son provocaciones o clarificaciones útiles sobre algunos puntos cruciales de mi relato.

# JÓVENES

# PUER ÆTERNUS?

Empezamos por el ídolo de la adolescencia interminable. Ese ídolo se nutre de un producto cultural reciente: *la existencia separada de un mundo juvenil* con lógicas propias, deseos propios, organización propia, irresponsabilidad propia.[1] En pocos decenios, esta invención posbélica (esencialmente mercantil) ha generado, de rebote, el universo despreciable de la competición senil: incorporación de una adolescencia infinita, escaso interés por la labor de engendrar, búsqueda de complicidad en el placer. Pero, al mismo tiempo, defensa corporativa del poder y de todos sus accesos.

Los jóvenes no han ganado nada con esta descomposición, en un primer momento objeto de los guiños complacidos de una clase intelectual frustrada por sus revoluciones fallidas. Las generaciones recientes han empezado a darse cuenta. Y lo dicen (a diferencia de los ex jóvenes, que disimulan en honor a la bandera: hay que salvar algo de nuestro glorioso '68). El guiño del mercado está más a la vista. La juventud ya no es una cuestión de edad, es una categoría del espíritu: disminuye el número de hijos, pero aumenta el de los ancianos que quieren mantenerse jóvenes. Ser jóvenes es costoso (ya desde niños): pero mantenerse jóvenes lo es todavía más. Ha

1. R. Simone, «Il culto del bambino. Così l'Occidente ha creato un piccolo adulto senza infanzia», *La Repubblica*, 3 de agosto de 2011, p. 40.

llegado la hora de la *desublimación:* la última frontera del freudismo al revés. Ser jóvenes significa poder gozar sexualmente, de cualquier forma: sin preocuparse por la generación y sin la fatiga del uso de las palabras. Ser uno mismo, como se dice, sin oropeles ideológicos. Un pequeño paso para un adolescente, pero, como diríamos, un gran salto para la humanidad. En el umbral de esta regresión, para «mantenerse jóvenes» a su vez, se agolpan patéticamente los adultos (incluso los aparentemente más reflexivos). El último acto (antes del abandono del hombre sin edad al mito de la horda primitiva) es la incorporación de la concepción entre las variables del deseo (en determinadas condiciones «se mantienen jóvenes» y se sienten «adolescentes omnipotentes», incluso «haciendo» un hijo; y hasta haciéndoselo hacer). No perderse nada con tal de realizarse plenamente.

La extrapolación de la juventud de la transitoriedad de la secuencia de la historia individual se ha unido a su superposición a la idealidad del humano emancipado, liberado, feliz y dueño de sí mismo. El mito que de ello deriva presiona sobre la infancia para que se convierta en adolescencia precoz (incitándola a homologarse: multiplicar estímulos, desarrollar potencialidades, aprender a seducir, competir políticamente, negociar con incentivos). Y deshonra a la vejez como adolescencia perdida culpablemente (incitándola a disculparse y a redimirse: lo que importa son los años que sientes, todo depende de ti, etc.). En la adolescencia prolongada, la deriva hacia el narcisismo *sistémico*[2] se cronifica socialmente.

2. La «biblia de la psiquiatría» del DSM-V, que actualiza periódicamente su ortodoxia científica, ha extrapolado recientemente el narcisismo secundario del cuadro patológico de los trastornos de personalidad, relegándolo libremente a un tipo de comportamiento —coherente, por otra parte, con los estándares que exaltan el *fitness* y la competición— que puede resultar socialmente un poco fastidioso, solo por algunas manifestaciones algo excesivas. La adecuación divulgativa de la teoría psicoanalítica está lista: A. A. Semi, *Il narcisismo. Necessario quando è sano, accecante quando cancella gli altri*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

La adolescencia, representada y enmarcada como un mundo de intereses y de conocimientos perfectamente autónomo, como una comunidad autorregulada con la que dialogar y negociar, es la materialización de un sueño prohibido de los adultos, que ahora tienen perennemente ante los ojos como una posibilidad no del todo perdida (el anuncio publicitario, una auténtica catequesis en parábolas, a fin de que viendo no veamos, nos evangeliza desde primera hora de la mañana). El sueño, para estos tardíos (en muchos sentidos) nietecitos de Nietzsche, parece más excitante y cercano a la realidad: la investigación realiza milagros a diario, y tal vez un día el mito del *puer æternus* se convertirá en ciencia (hoy cosmética y cirugía, mañana genética y robótica). La cultura paliativa de la apariencia nos ayuda entretanto a resistir, mientras nos vamos liberando progresivamente del estrés de cuidar a los demás (a costa de liberarnos de los demás, en los casos extremos) para poder dedicarnos tranquilamente al cuidado de nosotros mismos. Ser padre, ¿una función subrogable? Ser madre, ¿una prestación ocasional? En primer lugar somos personas, hombres y mujeres, nos decíamos[3] (y ni siquiera esto es seguro ya:

3. Ciertamente, es decisivo el poder constitutivo y activo del símbolo. Pero este siempre aparece porque alguien —bien o mal— se expone a hacer de referente originario y natural, sin el que no se formaría ni el más mínimo símbolo. En los años sesenta y setenta, los especialistas de la psique competían por convencernos de nuestra dramática negligencia frente al carácter antropológicamente fundacional de la dialéctica parental de lo masculino y de lo femenino para la constitución de la identidad personal humana y para la constitución del seno simbólico de la experiencia (esto es, de nuestra capacidad de tener sentidos espirituales). En los años noventa ya habían desaparecido totalmente, dispersados, evaporados. Debió de ser un meteorito, como en el caso de los dinosaurios. Ahora, el punto de atracción universal parece ser la autoconstrucción de la identidad del individuo, recurriendo a todos los medios a disposición (padres, amigos, mundo, trabajo; incluso eventualmente la religión). Para los estándares de la «terapia» profesional corriente es la única idealidad «ética», políticamente correcta e ideológicamente inmune, a la que todos se aferran: ¿qué objetivo más elevado se puede señalar para hacerle «estar bien», sino restituirle la autoestima y el deseo de autorrealización?

depende justamente de las funciones y de las prestaciones, dicen los teóricos de los *gender studies*).[4] De todos modos, comoquiera que la cuestión haya comenzado, y comoquiera que avance, la fijación de la adolescencia, como *status symbol* del individuo en plena posesión de sus facultades de realizarse, atrae de muchas maneras el imaginario del adulto. Ser y sentirse espiritualmente jóvenes se convierte en un auténtico proyecto. El proyecto se alimentará por lo general de simulaciones, obviamente, cada vez más trabajosas: psicológicas, conductuales, caracteriales, de hábitos, del lenguaje, del vestido, del cuerpo. Experimentos de vida, reinventarse, energías renovables, vínculos biodegradables. Bulimia de las potencialidades, anorexia de los afectos. En resumen, paciencia si somos adultos, siempre que sigamos siendo células madre.

El círculo vicioso se alimenta a sí mismo. Los jóvenes, por supuesto, no ganan nada con esta fijación. El movimiento de atracción que la condición juvenil, como mito de una vitalidad *permanente* que neutraliza la vida histórica, ejerce sobre la condición adulta la anima a concebir unívocamente la maduración y

---

¿Ninguna sospecha de que enferme precisamente de la obsesión de esas dos cosas, que lo restituyen necesariamente a sí mismo, o sea, a la soledad herida de la que procede? ¿Ningún riesgo en el hecho de que la *autoconsciencia* y el deseo mismo nacen de otro modo? ¿Y en el hecho de que el primer contenido de ambos es la interiorización del *derroche intencional* de sí, de alguien que se muestra feliz de hacer *crecer la intencionalidad* en nosotros? ¿Y que la salida de la angustia de *perderse* está vinculada directamente a la angustia de *perder a ese alguien*, al que se le ha pedido que sepa asediar nuestro refugio en el narcisismo para hacer que seamos capaces de establecer buenos vínculos, que sepamos repetir a favor de otros aquel mismo gesto que a nosotros nos ha procurado satisfacción? Dos lecturas para no perder el hilo e interrogarse de nuevo: F. Rigotti, *Partorire col corpo e con la mente. Creatività, filosofia, maternità*, Turín, Bollati Boringhieri, 2010; M. Recalcati, *Che cosa resta del padre? La paternità nell'epoca moderna*, Milán, Raffaello Cortina, 2011.

4. S. E. Rhoads, *Taking sex differences seriously*, San Francisco (CA), Encounter Books, 2004.

la restitución como *pérdida* (un melancólico consumo de energías que desperdicia potencia y reduce el goce).[5]

El adulto es poderosamente incitado a renunciar a su actitud de mediador responsable de la humanización en la generación futura: incluso es inducido a competir por la ocupación, prolongada al máximo, del espacio adolescente (enamoramiento y goce, emoción y experimentación, creatividad y destructividad). Los hijos son pocos, pero el mundo de la adolescencia está ya muy poblado en los países occidentales. Los sistemas educativos y la organización del trabajo tienen algunos problemas, pero la industria de la diversión y del espectáculo no consigue atender todas las demandas. La institución familiar avanza trabajosamente, sin restitución alguna, hostigada a la vez por la astuta indiferencia de la economía política y por el empalagoso esnobismo de la crítica social, para sostener las cargas multiplicadas de una atención que en cualquier caso le sigue siendo confiada. Vale sobre todo para la infancia y para la vejez, que en la nueva sociedad de los libres e iguales ya no son de nadie (en lo infinitamente pequeño o en la finitud irremediable, entonces, no son nadie). Pero también para la cultura de los afectos generativos y del pensamiento simbólico: que nacen precisamente allí, de una vez por todas y para siempre. El vínculo entre hombre, mujer y generación es el lugar del ser humano sometido a la prueba —de su vulnerabilidad y de su potencia— por definición: la estética y la dramática de la unidad de los diferentes más abismal y más generativa que pueda haber. No las habrá más difíciles ni más creativas en la historia del vínculo social. La exoneración de la prueba y la superación de la escisión

5. «La especificidad de esta generación es que sus miembros, aunque sean adultos o ya ancianos, padres o madres, conservan en sí, incorporado, el significante joven. Jóvenes como fueron ellos nadie podrá serlo, piensan. Y eso los induce a no ceder nada al tiempo, al cuerpo que envejece, a quien ha llegado después y es él, ahora, el joven», F. Stoppa, *La restituzione. Perchè si è rotto il patto tra le generazioni*, Milán, Feltrinelli, 2011, pp. 9-10.

—paradójicamente— tienden hacia la especialización de hombre y mujer como universos individuales paralelos, omnipotentes y autosuficientes, cuyas prestaciones son perfectamente fungibles, con vistas a una mejor autorrealización.

La adolescencia, en su estratificación más amplia del ser-despreocupado y del ser-regenerable, es ya una carga socialmente extendida, que incide globalmente sobre todo el sistema. La economía del consumo se beneficia de ello, pero para la sociedad es un peso insostenible. En todo esto, la adolescencia prolongada y extendida, de la que estamos hablando, consigue también un efecto paradójico. El efecto ha sido señalado precisamente como fenómeno de la «desaparición» de los jóvenes. En este territorio poblado de individuos que viven en la incansable búsqueda de su placentera identidad, el adolescente que llamaríamos «fisiológico» se mantiene en el limbo de una condición socialmente carente de peso. Espectacularmente utilizable como icono del mito de la juventud, en el que el individuo enseguida resulta obsoleto y perfectamente intercambiable. Socialmente confinado en el espacio de una aproximación interminable, sin ritos de paso definitivo al ser adulto que desalienten el agotador privilegio del deseo autorreferido y ofrezcan una gratificante investidura para la responsabilidad de lo humano compartido.

Desde el punto de vista antropológico, la recaída de esta escisión —y de la correspondiente fijación— ya es sistémica. De hecho, hemos empezado a perder el sentido de las estaciones y de la unidad de la vida; es más, de la historia individual y de su destino. Y perdemos el sentido más pleno de la libertad: nunca tan potente como cuando se separa de sí para incorporarse irreversiblemente a otro, destinado a no ser la simple expansión de mi deseo.[6]

6. G. Angelini, *El hijo. Una bendición, una tarea*, Bogotá, San Pablo, 1996 (original: *Il figlio. Una benedizione, un compito*, Milán, Vita e Pensiero, 1994); M. Gauchet, «L'enfant du désir», *Le Débat*, n.° 132, noviembre-diciembre de 2004.